

## LECCIÓN 16.<sup>a</sup> EL REINO DE DIOS EN LOS EVANGELIOS

### 1. El Reino de Dios y Juan el Bautista

Antes que Cristo mismo, Juan el Bautista predicaba: «Arrepentios, porque el reino de los cielos se ha acercado» (Mat. 3:2). Jesús, luego, se hace cargo de este mensaje (Mat. 4:17). La expresión «Reino de los cielos» en el judaísmo contemporáneo de Juan y de Jesucristo recogía la expectativa de un futuro en el que, mediante la intervención decisiva de Dios, Israel sería liberado de sus enemigos y restaurado al lugar de prominencia entre las naciones. La venida del Reino es la gran esperanza del futuro que vendrá con la persona misma del Mesías.

Evangelio y Reino no aparecen como cosas distintas en los relatos sinópticos de los tres primeros Evangelios, más bien todo lo contrario: forman parte de un solo y mismo anuncio: «Jesús vino a Galilea predicando el Evangelio del Reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios se ha acercado; arrepentios y creed en el Evangelio» (Mar. 1:14, 15). V. Apéndice 1.º.

En tiempos de Cristo la esperanza escatológica había tomado diversas formas en el judaísmo rabínico. En unos prevalecía la idea nacional, entre otros el elemento cósmico o apocalíptico. Esta esperanza, desde luego, se remonta a los profetas del Antiguo Testamento y se alimenta tanto de la restauración del trono de David como de la venida del Mesías para restaurar el estado de cosas del mundo caído. La soberanía real de Dios, compartida por su Mesías-Rey, es uno de los conceptos clave de la fe y la esperanza del Antiguo Testamento. Hay elementos prominentes en esta fe y en esta esperanza; basta comprobar el desarrollo de las profecías mesiánicas desde los más antiguos videntes hasta llegar a Isaías, a Jeremías o a la aparición del Hijo del Hombre en el libro de Daniel.

Cuando Juan el Bautista —y luego Jesús mismo— proclaman que el Reino está cercano, dicha proclamación fue entendida como algo verdaderamente «revolucionario» y lleno de significado universal; era la proclamación de algo sorprendente, importante y decisivo para la historia del mundo. Hasta entonces los judíos —y con ellos muchos «prosélitos» gentiles— habían estado esperando aquel momento crucial de la historia, la gran restauración de todas las cosas (Lúe. 1:68-79; 2:25-28). Fuere cual fuere la manera como unos y otros concebían ese momento crucial, el hecho es que Juan, primero, y Jesús después, les anuncian; a las gentes que ya ha llegado, que ya está aquí. Es, pues, muy importante al estudiar el Nuevo Testamento (y particularmente la predicación que en el mismo encontramos) que tengamos en cuenta este elemento de la venida del Reino condicionante.

Así, en la predicación del Bautista el juicio divino adquiere un relieve especial, ya que se da por supuesto que se trata de una realidad muy cercana. El hacha ya ha sido puesta en la raíz de los árboles. La venida de Dios, como Rey es, sobre todo, una venida para purificar, para juzgar y de la que nadie podrá evadirse. Tampoco servirán entonces los privilegios, ni siquiera el pertenecer a la raza de Abraham. Al mismo tiempo, Juan predica de Aquel que viene detrás de él y del cual se declara Precursor. En vista de la venida del Señor, el pueblo hará bien si se arrepiente y se somete al bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados. Con ello evitará la ira que está próxima a venir, al propio tiempo que participa de la salvación que el Reino trae en la persona del Rey y del bautismo del Espíritu que por él será posible (Mat. 3:1-12).

### 2. El Reino en la enseñanza de Jesús

#### A) El aspecto presente del Reino.

La proclamación de Jesús sigue a la de Juan el Bautista, pero añade a ella una mayor

profundización y extensión.

Después de haber esperado durante mucho tiempo, y aunque había dado testimonio de él, el Bautista vaciló y tuvo sus dudas de si realmente Jesús era Aquel que todos esperaban (Mat. 11:2 y ss.). A partir, pues, de este momento se observan dos aspectos en los que la proclamación de Jesús difiere de la del Bautista.

Mientras que Juan ponía el énfasis en el juicio y en el llamamiento al arrepentimiento, Jesús (sin restar nada a estos dos aspectos) añadía y colocaba como lo más significativo el hecho de la salvación que él traerá consigo.

En segundo lugar, Jesús anunciaba el Reino no meramente como una realidad cercana que iba a aparecer en un futuro inmediato, sino como una realidad presente manifestada en su propia Persona y ministerio. Entre los textos en que Jesús habla del Reino como una realidad presente podemos enumerar los siguientes: Mateo 6:9, 10; 12:28 y sus paralelos Marcos 1:14; Lucas 11:20; y hemos de subrayar que toda la predicación y ministerio de Jesús se caracterizan por la importancia dominante que adquiere la idea del Reino presente en él y por medio de él. En Cristo, el grande y anhelado futuro se ha convertido ya en «tiempo presente».

¿Cómo se manifiesta este aspecto presente del Reino? En muchas y varias maneras: De manera palpable y visible, al arrojar a los demonios (Lúe. 11:20) y, de modo general, en todos los milagros que hace Jesús. Al curar a los poseídos, es obvio que Jesús invade la casa «del fuerte» y es capaz de dominarle (Mat. 12:29), porque el Reino de los cielos ha invadido el dominio del maligno. El poder de Satán es así quebrantado. Jesús lo ve como un rayo que cae del cielo. Como resultado de todo ello, no hay nada imposible para los que salen al mundo investidos con el poder de Jesús para ser testigos de su Reino (Lúc. 10:18 y ss.). Toda la actividad milagrosa de Cristo es prueba contundente de que el Reino ha llegado. Lo que los profetas y hombres piadosos desearon ver y no vieron (el inicio de la gran eclosión de Dios mismo para salvar y conquistar), los discípulos de Jesús pueden verlo y oírlo (Mat. 13:16; Lúe. 10:23). Cuando el Bautista envía a sus discípulos a preguntar al Señor si El es verdaderamente el que había de venir o si tenían que esperar a otro, Jesús no contesta la pregunta directamente, sino que les remite a Juan, para que le enumeren los milagros que por doquier está ejecutando y en los cuales (de acuerdo con los profetas) el Reino de Dios ya se estaba manifestando: ciegos que veían, cojos que andaban, sordos que oían, leprosos que eran sanados, muertos que eran resucitados y pobres a los que les era anunciado el Evangelio (Mat. 11:2 y ss.; Lúe. 7:18 y ss.). En la última de estas manifestaciones (el anuncio del Evangelio a los pobres) se hace igualmente evidente la inauguración del Reino prometido por los profetas. En efecto, la salvación se anuncia y se ofrece como un don que se halla al alcance de todos: de los pobres de espíritu, de los hambrientos de paz y de justicia, etc., y esta salvación les promete que el Reino es de ellos. Asimismo se les concede el perdón de los pecados, y ello no simplemente como una realidad del futuro cuando estén en el cielo, ni siquiera como una posibilidad presente, sino como una certidumbre para ahora y aquí, como una dispensación ofrecida a toda la tierra en Jesucristo, ahora, porque el Hijo de Dios tiene poder para perdonar los pecados (Mar. 2:1-12).

Como se deduce del último pasaje citado, todo lo que está ocurriendo se apoya en el hecho de que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. El Reino ha venido en El y con El: Es es la autobasilea: la autorrevelación del Reino, porque es al mismo tiempo la autorrevelación del Mesías, el Hijo del Hombre, el Siervo de Jehová.

Es imposible interpretar estos dichos de Jesús en sentido futuro, como algunos han intentado, haciendo aparecer al Mesías como un Mesías futuro; el Hijo del Hombre que en un próximo día lejano vendrá sobre las nubes. Por supuesto que queda un aspecto futuro en la obra del Redentor, pero no podemos olvidar el hecho de que en los Evangelios la mesianidad de Jesús aparece como algo presente aquí y ahora. No solamente es proclamado como tal en el bautismo y en el monte de la transfiguración —el amado y único del Padre (ututos mesiánicos todos ellos)—. sino que es investido con todo el poder del Espíritu Santo (Mat. 3:16) y con la

suprema y absoluta autoridad divina (Mat. 21:27). El evangelio se halla lleno de sus declaraciones y pretensiones de autoridad absoluta e indiscutible. El es el enviado del Padre que viene a cumplir todo lo que fue dicho por los profetas. En su venida se cumplen las Escrituras que los oyentes contemporáneos están escuchando (Lúc. 4:21). El no vino para destruir, sino para cumplir (5:17 y ss.), para anunciar la venida del Reino (Mar. 1:38). para salvar, buscándolos, a los perdidos (Lúc. 19:10), para servir a los demás y para dar su vida en rescate por muchos (Mar. 10:45). El secreto para pertenecer al Reino es de aquellos que le pertenecen a El (Mat. 7:23; 25:41).

La persona de Jesús como Mesías constituye el centro de todo lo que el Evangelio anuncia concerniente al Reino. El Reino se concentra, y se reduce, a Cristo mismo tanto en su aspecto presente como futuro.

Aplicación para nosotros; El Reino vino ya en Cristo. Ha venido, pues. y lo que hoy vivimos es el momento que Cultrmann define acertadamente como el «ya y todavía no» del Reino. Vivimos, por lo tanto, inmersos en la realidad del Reino que vino, está viniendo y vendrá para su consumación al final de los tiempos.

Nuestra oración, siguiendo el modelo que nos dejó Cristo, debe ser: «Venga tu Reino en los corazones de los hombres; ayúdanos para extender este Reino tuyo y que así pueda cumplirse tu voluntad. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo...» ¡Esto es «buena nueva»!

#### B) El aspecto futuro del Reino.

Queda un cumplimiento final del Reino. Ciertamente que el Reino se manifiesta aquí y ahora por medio de la predicación y la vivencia del Evangelio, pero al mismo tiempo resulta evidente que el Reino se proyecta sobre el mundo solamente de manera provisional. De ahí que la proclamación de la actividad presente en palabras tales como las que hallamos en Mateo 11:6 y Lucas 7:23, sobre los ciegos que recobran la vista, los muertos que resucitan y los pobres a los que es anunciado el Evangelio, vayan seguidas de la advertencia: «Bendito los que no se escandalicen en mí.» ¿En qué consiste este escándalo? En el carácter oculto del Reino en nuestra época de espera hasta que llegue su culminación. Los milagros son todavía para nosotros «señales» de otro orden de cosas muy distinto a la realidad presente, incluso comparado con la realidad del pueblo creyente. Todavía no ha llegado el tiempo en que los demonios sean arrojados definitivamente a las tinieblas eternas (Mat. 8:29). El Evangelio del Reino es todavía una semilla que se siembra. En la parábola del sembrador, la semilla crece en secreto al mismo tiempo que la cizaña en medio del trigo. El grano de mostaza y la levadura quieren igualmente ilustrar este aspecto escondido del Reino, al propio tiempo que su realidad presente entre nosotros hoy: pero ésta es una realidad provisional que aguarda una más total y completa manifestación futura.

En un sentido —sólo en un sentido, pues las realidades que trae Cristo por Su Evangelio y el Espíritu Santo que nos es dado son bendiciones trascendentales— nos encontramos, como el pueblo de Israel, viviendo dentro de la realidad del Reino, pero esperando su manifestación plena. Ahora bien, en comparación con los creyentes del Antiguo Testamento, nosotros vivimos ya en la manifestación plena, pero sólo dentro de su fase inicial. Nosotros no esperamos algo totalmente nuevo sino en lo exterior, pues interiormente las facilidades del Reino son ya una bendita realidad en nuestro corazón.

#### C) La triple dimensión del Reino.

Con el objeto de ilustrar a sus discípulos. Jesucristo explicó las varias parábolas del Reino en las cuales es dable encontrar esta realidad misteriosa, oculta, del Reino. Es el mismo Hijo de Dios —y esto hace de la presente dispensación algo nuevo en relación con el Antiguo Testamento— investido de todo el poder del Padre, el que siembra la Palabra de Dios y envía

su Espíritu Santo a los corazones. Y será el mismo Hijo de Dios —Hijo del Hombre al mismo tiempo— el que vendrá en su segunda venida sobre las nubes del cielo.

Lo oculto del Reino se manifiesta todavía en otros aspectos. Por ejemplo, el Reino es de un Rey que viene en forma de esclavo; los pájaros tienen nidos. El no tiene donde reclinar su cabeza. Par obtener la soberanía en todo y sobre todo, debe antes darse y darlo todo. Luego recuperará con creces lo que es suyo por derecho divino y por derecho de conquista. Pero antes deberá dar su vida en rescate, porque es el Siervo de Jehová de Isaías 53.

¡El Reino! ¿Dónde está el Reino? Ha venido, está viniendo, vendrá.

### 3. Pero ¿cómo vendrá el Reino?

El Reino viene por medio de la cruz.

Antes de que la autoridad del Hijo del Hombre sea ejercida sin cortapisas sobre todos los reinos del mundo (Mat. 4:8; 28:18), debe andar el camino de la obediencia al Padre para cumplir toda justicia (Mat. 3:15), lo que equivale a decir: toda humillación. La manifestación del Reino tiene su propia historia dentro de la historia de este mundo. El Reino debe ser proclamado a toda criatura: y esta proclamación es su historia. Como la maravillosa simiente debe ser sembrada la semilla de la Palabra (Mar. 4:27), pero nadie sabe como crecerá. El evangelista Juan nos dirá que el «viento —el Espíritu— sopla como quiere». Es la misma enseñanza: el Reino es misterioso, oculto, humilde y silencioso. Pero es eficaz. Se trata de una fuerza interior que se abre camino en medio de todos los obstáculos y los vence a todos. Estos obstáculos le salen al paso porque el campo donde se hace la siembra es el mundo (Mat. 13:38 y ss.). El Evangelio del Reino deberá ser oído en todas partes (Mat. 28:19). El Rey del Reino es también el Señor del Espíritu. Su resurrección inaugura un nuevo tiempo, una época en que la proclamación del Reino y el Rey abarcará la totalidad del orbe, se extenderá hasta los confines de la tierra. Es el sueño de los profetas convertido en realidad.

La decisión ha sido ya hecha por el Señor tocante a estas realidades del Reino: su cumplimiento aguarda por algún tiempo.

Las fronteras de este Reino no son paralelas a las fronteras de Israel, ni siquiera son paralelas las etapas de sus historias respectivas. El Reino abraza todas las naciones y llena todas las épocas hasta el final del mundo,